

Boletín del Grupo de Investigación y Estudios sobre Historia Antigua y Medieval

ISSN 1690-3374 *versión impresa*

Boletín del Grupo de Investigación y Estudios sobre Historia Antigua y
Medieval v.3 n.5-6 Mérida ene. 2005

 [Como citar este artículo](#)

Tradición clásica en América: el pensar inicial griego

Teresa Bianculli

Fragmento 1.1 a fragmento 1.3 SIMPLIC. Phys. 24, 13 [vgl. A 9]. ε)ϰ ων δε η γενεσι) εστι τοι) ου)σι, κ)ι)ι)θ)ν φ)ο)ραν ει) η) ταυ)τα γ)ινε)σ)q)αι κ)α)τα το) x)ρ)ω)ν: δι)δ)ο)ν)αι γ)α)ρ αυ)τα δι)κ)η)ν κ)α)ι)ι)τ)ισ)ιν α)λλ)η)λο)ι)η)τ)η) α)δι)κ)ια)η) κ)α)τα τ)η)ν του) x)ρ)ο)ν)ου) τ)α)cin.

...pues de donde y desde donde la proveniencia es para cada caso presente, también la desaparición en esto (en tanto que en lo Mismo) proviene en correspondencia al estado de necesidad que obliga; esto es: da a todo lo presente mismo (a partir de sí) acuerdo y también evaluación (reconocimiento), deja que uno sea para el otro, (todo esto) remontando la discordia en correspondencia a la asignación del dar tiempo mediante el tiempo¹.

Anaximandro de Mileto

Nos disponemos a estudiar la herencia clásica de Occidente dejando de lado sus rasgos de importancia académica, para mostrar su carácter de legado, la recepción por parte nuestra de una especie de activo que aún vive entre nosotros, pero no sólo en la región de la historia pasada, sino más bien en la gesta diaria de nosotros mismos. Así, destacamos en esa herencia histórica tradicional su carácter de patrimonio fundacional de un destino. Consideremos entonces, como primero, el contenido de esa tradición.

Vemos que aquello que toda tradición contiene, en lo fundamental de su legado, es algo que podríamos llamar los supuestos de una interpretación del mundo. Consideremos en segundo lugar que esa interpretación rige el modo en que un pueblo se toma por *presente*. Puestos en esa perspectiva, podemos observar que la tradición aportaría, entre otros y en modo especial, un cierto sentido de propiedad, de ingerencia, en el que se funda el criterio de lo que ese presente considera propio, es decir, aquello que le resulta verdadero. La alusión a lo que resulta propio y verdadero en un pueblo es algo que siempre remite a la propia historia.

Los supuestos que transmite nuestra tradición nos llegan por medio de las llamadas creaciones culturales de los pueblos fundadores. Filosofía y poesía, junto con ciencia e historia, aportan en buena medida esos supuestos que permanecen en el lenguaje corriente. A la filosofía y poesía refiere el uso escolar como objetos de valor inestimable, producidos por nuestros antepasados, y dejados como parte de una gran herencia, la griega, pero, por lo general, los tomamos como meros objetos, sin indagar en el sentido fundador y fundamental de sus contenidos. Tradición, en sentido general será así, todo lo que nos llega por vía tradicional, en especial, aquello que tomamos como nuestro y como lo verdadero. Tradición será, también, por tanto, la verdad que no sometemos a cuestionamiento: lo obvio. Es eso obvio, finalmente, lo que tomamos por propio, porque no nos hemos percatado de que el contenido fundante de toda tradición se densifica y oscurece en razón directa al alejamiento histórico de su fuente.

En ese sentido, y de la mano de uno de los estudiosos de estas cuestiones antiguas, meditamos respecto a lo obligante que viene a ser para Occidente el esclarecimiento de su modo de ser, un asunto que se remonta más allá de lo que normalmente la historia considera como sus orígenes, su comienzo²:

Todo el mundo habla de la singularidad del significado 'cultural' del antiguo helenismo. Ninguno de los que así habla

tiene la menor idea de que ahí se da un inicio, ni del modo en que se da³.

El texto nos alerta sobre la manera con que, en el hablar ordinario y en los oficios académicos, nos referimos a nuestros orígenes como quien conoce de oídas, aunque sin real saber. No obstante, la descalificación que sugiere, lo que allí se dice no se dirige a nadie en particular, no es personal y, sin embargo, nos alude. La frase tiene que ver con el trato ilustrado, despreocupado o solemne, que por lo general los herederos de esa tradición, americanos y todo Occidente, le damos a lo clásico, en este caso, a lo griego. Allí se refiere algo que parece requerir todavía de una cierta dilucidación, el inicio.

El asunto nos incumbe sobremanera, porque el helenismo en América alcanza la resonancia de lo familiar. El helenismo es, por una parte lo más lejano, lo más antiguo, por latitud geográfica y cronología histórica, pero puede ser también lo más cercano, si consideramos la *precedencia esencial* de lo clásico griego en el modo de ser occidental. ¿De qué hablamos cuando disertamos sobre la tradición clásica de Occidente y América? ¿Qué oímos o creemos oír cuando, como un eco, respondemos a ese llamado?

Sobre el oír y el comprender, como caracteres de ser, discurre Heidegger en *Ser y Tiempo*, una obra acerca de los fundamentos del ser del hombre. Allí nos habla de la diferencia entre oír y escuchar: "...eso que llamamos el oír *Hörchen*, es posible ...sobre la base de un primario poder escuchar existencial"⁴. En atención a ese carácter del escuchar [*Hören*], no podría haber en verdad un oír puro y simple. Puesto que sólo oye quien puede escuchar, nadie escuchará un puro ruido, al contrario, "...escucha porque comprende"⁵. Escuchar sería entonces más que oír, esto es, sería condición de posibilidad de la audición, y en tal caso, no debería verse como parte de una fisiología específica de la sensorialidad animal, sino que su explicación pudiera buscarse en el hecho de que, de alguna manera, ya comprendemos, es decir, poseemos el sentido previo de aquello a lo que prestamos atención en la escucha. Esta comprensión es constitutiva del hombre y distintiva de su condición de humanidad. Este es el rasgo distintivo que distingue al hombre entre los demás entes⁶.

Las reflexiones que hemos venido siguiendo sobre el oír y el escuchar nos remiten a la peculiaridad de que nos construimos como humanos en la escucha. Escuchar refiere al ser en la coexistencia⁷. Este poder-escuchar aquí referido es el que vendría a ser constitutivo del habla -z%on logon exon- carácter que sería a su vez fundamento del z%on politikon aristotélico. El escuchar de la coexistencia, de la solidaridad [*Fursorge*], sería entonces condición de posibilidad del ser político, de la cualidad ciudadana.

¿En qué sentido estaría planteado hoy, para nosotros, un ser con el helenismo, una coexistencia con lo griego, comprendiéndolo? Aquí se llama la atención sobre algo crucial y de aspecto paradójico. Podemos escuchar -*Hören*-, porque, previamente a todo discernir palabras o frases, comprendemos el todo de significación; cuyo sentido no está en lo dicho, sino en nosotros, en tanto somos aludidos en el decir e involucrados en eso dicho. Todo oír, que es oír a otro, lo es sobre la base de que comprendemos, de que nos manejamos con el sentido de lo dicho. Si no comprendemos de qué se trata, es porque no nos afecta lo que oímos, no nos esencia, y por eso, aunque oigamos y entendamos, no nos convoca lo escuchado.

En ese escuchar concernidos parece radicar la posibilidad de responder en forma genuina y pertinente⁸. En efecto, "...sólo quien ya comprende puede escuchar" (Ibid). Comprender supone estar en posesión del sentido de lo comprendido, es por eso que escuchar es el modo de ser de la correspondencia con otros. Si no escuchamos, habiendo comprendido, no somos eco⁹, no podemos responder, no al menos con propiedad. Es por esa posibilidad del escuchar-comprender inmediato que podemos, en consecuencia, dar razón de lo comprendido en la escucha y expresarlo como discurso, en cuanto que somos en el habla.

En otra de sus obras¹⁰, Heidegger nos conduce a poner en relación este escuchar originario y constitutivo del hombre como condición misma de posibilidad de una comprensión auténtica y, por lo pronto, inédita, de lo griego como tradición de Occidente. Habla de disponerse a escuchar un llamado, una apelación¹¹, aún inescrutada, que proviene de las sentencias del pensar inicial¹², dichas en lengua griega y dichas una sola vez. Tales sentencias, en sentido estricto, vendrían a ser, tan sólo un *eco* que desde entonces nos alcanza sin tocarnos, sin movernos a ser desde lo en ellas dicho y desde lo en ellas no dicho. Tal parece que no escuchamos a los griegos, no en forma originaria. Oímos el decir de la historia de esas sentencias así como sus históricas interpretaciones.

La comprensión verdadera de lo antiguo y de lo griego parece quedar fuera de la posibilidad de una transmisión histórica. Esa comprensión no es entendimiento racional, tampoco es intuición emotiva:

Lo que aquí procede es que nos adentremos en la escucha de aquello a lo que nosotros mismos pertenecemos... si es que todavía pertenecemos a alguna parte ... y aunque sólo sea para presentir a dónde podríamos pertenecer¹³.

Si oímos entendiendo y escuchamos atendiendo el llamado de lo antiguo, de lo griego, es porque nos sentimos convocados en eso que allí se refiere. Acerca de cómo es *eso* griego nos habla Heidegger en su texto:

Es verdad que lo pristino es, contado según el cómputo histórico del tiempo, lo más antiguo y según las

cuentas del entendimiento habitual, también por lo consiguiente lo más anticuado. Pero lo más prístino puede ser también lo primero en rango y riqueza, por originariedad y obligatoriedad respecto a nuestra historia acontecida (Geschichte), a las decisiones inminentes, históricamente acontecidas. ... Esto primero en este sentido esencial, es para nosotros lo griego¹⁴.

Tal es el carácter concerniente de lo antiguo en América: su regencia decisiva en el porvenir que ya somos. Todo esto de comprender y de escuchar, de lo antiguo y su importancia, pareciera obvio y tal vez no lo es, porque, como dijimos, no hablamos de una comprensión intelectual o de un problema metodológico acerca de una transferencia cultural. Esta peculiar comprensión que referimos habla de una cierta disposición para la escucha de nosotros mismos, en tanto *regidos* por eso griego, y no sólo como originados a partir de una fecha, sino en cuanto constituidos y llevados a ser por ese origen. Tendríamos que considerar cuán lejos podríamos estar de ese inicio si, históricamente, no somos más que desde su vacía interpretación tradicional. Eso que se descubre ante la inmediatez de nuestra comprensión, es que ya somos como y según eso mismo por lo que nos sentimos llamados, pero al oír desde la época, desde la actualidad y sus modos, no escuchamos las sentencias iniciales, sino sólo la forma en que nos han llegado por tradición, es decir descontextualizadas de su propio descubrimiento. Somos, pues, en la escucha de una época y de su peso interpretativo, pero no somos en propiedad, apenas nos apropiamos a nosotros mismos desde un eco.

América y su griega tradición

Lo antiguo, que es herencia de Occidente, se radicó también en América. Lo que América es, el ser, de América, tiene que ver con lo antiguo en medida mucho más comprometida de lo que pudiera dar a entender una tarea académica. La mención de lo sagrado no pretende sacarnos de la exigencia de rigor argumentativo, sólo ilustra incidiendo en la necesidad que tenemos de situarnos en un nivel de comprensión no discursivo, no ordinario, para estar en condiciones de poder alcanzar una comprensión de la dimensión esenciante del inicio griego en nosotros. De eso antiguo dice Heidegger: "...De él proviene una apelación contraria al opinar... en tanto [el opinar], pasa por alto y malentendiendo la fuerza esencial de la apelación..."¹⁵. El opinar es el hablar corriente y común, desprevenido respecto de sus propias opiniones y de los prejuicios y supuestos que las sostienen. En ese sentido, el opinar también caracteriza el discurso científico y académico e incluso el lenguaje filosófico.

Es por eso que resulta importante establecer un trato digno con el prístino origen que nos constituye, para atenderlo, *estando a la escucha* y para responderle desoyendo rumores y opiniones respecto de cómo, porqué y en qué nos constituye. Podría caber dentro de lo posible que, después de un acercamiento tan poco corriente, éstas y otras preguntas habituales, dejaran de ser pertinentes o importantes. En todo caso, un trato así no carece de sentido, no amenaza la integridad del cuestionar, pero tiene sus reglas. Si América es, de verdad, en lo antiguo, en lo clásico o en lo griego; deberíamos mostrarlo, al menos en el manejo concernido de su acervo, sabiendo, en cierto modo, de qué se trata. No podríamos acercarnos a eso antiguo familiar como extranjeros, pidiendo información, pues ya sabemos que el informante construye mitos para su entrevista. Tampoco vamos a llegar como opinantes que inhiben, con su dogma, la verdad. Por el contrario, para propiciar la comprensión y asentarnos con familiaridad en lo comprendido, habríamos de demostrar el linaje.

Creemos, pues, que la apelación de la que, como herederos de un legado, nos hacemos *eco*, no podría, sin perjuicio nuestro, dejarse al arbitrio de las históricas y acontecidas interpretaciones que adjetivan como obsoleto lo que pudiera ser piedra angular de la comprensión de nuestro modo de ser; ese comprender nos permitiría decidir sobre el propio "porvenir"; reiterándonos hacia lo que ya somos, iluminando aquello que, siendo propio, permanece oscuro para nosotros mismos.

Por eso se cuida, la frase citada al comienzo, de lo que impersonalmente se tiene por sabido y cierto. El opinar es todo el mundo y es ninguno, y es el opinar humanístico, en general, y, en particular, el saber histórico, filológico y filosófico, porque también la filología, y en grado sumo la filosofía, en cuanto modos de transmisión de lo antiguo, están bajo el régimen de una interpretación del mundo, que no tiene validez universal, sino histórica: viene a ser acaecida, precisamente, en una decisión inicial, la griega, apenas transformada por el traspaso tradicional.

La decisión griega se gesta con relación a la pregunta por el ser y a sus históricas respuestas, y también en relación a la actitud que la precede, el **qaumazein**, *el estado de asombro* previo a todo preguntar, que alude a la capacidad para ser en la perplejidad de la falta de respuesta. En cuanto que Occidente es un traspaso, cesó entre nosotros, como gesta histórica, todo cuestionamiento sobre el ser, sobre el hecho de ser, de que hay cosas. La decisión griega rige la relación calculada del hombre actual con las cosas *los entes*, dirige un modo de relacionarse con el mundo en el que todo se data y cuantifica y se maneja como existencias, recursos a futuro, y en el que todo tiene una explicación. Esta actitud funda una relación descuidada respecto del ser del que, finalmente, nada se dice. Ser deja de ser cuestión para pasar a ser un dato incuestionado. La **fusij**, el ser lo que esencia fue dicha en el siglo VI en el griego arcaico de Heráclito, esa naturaleza según reza la antigua sentencia **...krupesqai filei** (Fr. 123). Ya sea porque ame ocultarse o porque no podamos dar con él, lo cierto es que del ser nada ha podido decirse, pues parece que no es para ser dicho, que no pertenece al dominio de la racionalidad ni a sus posibilidades de expresión. Es desde esa perspectiva que las ciencias y disciplinas que se ocupan de dar cuenta del hombre, no atinan en sus intentos de resolver el problema, ya que no pueden decir qué es. En el mejor de los casos, la ciencia, por ejemplo, dicen cómo es, en cuanto que compuesto químico o biológico: fisiología, anatomía. La historia pretende decir cómo ha sido o cómo ha podido ser. ¿Se trataría en ambos casos de meras hipótesis o de perspectivas, de carencias o de la imposibilidad de abarcar por tales vías ese algo más que el hombre es, lo humano?

La filología, la filosofía y las, así llamadas, ciencias, al igual que la historiografía, son saberes históricos, quiere decir que proceden con “verdades” interpretadas, transmitidas, esto es, operan desvinculadas del fundamento: “el opinar habitual se atiene por doquier al ente y define al así llamado ‘ser’ como una ‘abstracción’, un modo de hablar...”¹⁶.

Aun cuando la palabra ente parezca sacarnos del contexto, estas palabras que acabamos de citar nos enfrentan a un modo familiar de entendernos con eso que nos concierne. Pensemos por un instante hasta dónde nos movemos en un permanente modo de hablar, sin atender a lo que decimos. Por no percibir la diferencia fundamental entre ser y ente, el pensar ordinario, el de los asuntos, no puede ver más allá de lo inminente, lo que tiene por delante, lo que se *necesita –to xrewn–*¹⁷, en tanto aquello que sirve para algo, incluso sólo en tanto lo que puede ser pensado como algo. Mal puede concebir que el así llamado *ente* no sea suficiente, que *ser* sea lo que esencie, como *principio* y que “de él provenga y hacia él transcurra el perecer”, según la interpretación tradicional de la sentencia de Anaximandro¹⁸. Jamás puede imaginar ese razonar que sea de esto de lo que hablen las frases iniciales del pensar originario de Occidente, dicho en lengua griega, y que ese pensar no sea balbuceo prelógico ni preliminares intentos de una lengua en formación.

De ese poder pensar, el ente sólo como presencia *pra esentia* se desprende la consideración de valor y de verdad en los juicios o enunciados en las lenguas que hablamos. Tal consideración afecta el sentido ordinario acerca de lo histórico como pasado, lo gastado, lo que ya no es presente así como la del futuro como lo por-venir, lo que aún no es presente, es decir: la ausencia¹⁹, también desde allí se define. ¿Cómo pensar de otra manera, sin atenerse, por ejemplo, al principio de no-contradicción?

En esta pertinencia del pensar con el ser que somos, cobra sentido otra sentencia de aquellos prístinos inicios. También Parménides fue conciso en su respuesta enigma sobre la pregunta ritornello de la tradición occidental, qué es el hombre: ...“pues lo mismo es ser y pensar”. ...**to gar auto noein estin te kaii eiänai.** (Fr 4.3 a 4.4)²⁰

Suponiendo que hubiese atinado en su decir: ¿De cuál mismo hablaba, y de cuál pensar? Ignoramos en verdad de dónde nos pro- viene el ser-pensar que en tanto herederos de lo griego somos. ¿Qué es, pues, finalmente, eso griego? Lo prístino, habíamos dicho: “A lo prístino lo llamamos lo inicial.” Esto es, lo griego. (CF. p 35)²¹

La originariedad inminente de lo griego pareciera ser para Occidente el acontecimiento que inicia el curso de su historia. Antes del episodio griego, Occidente no existe, y lo griego en cuanto decisión de ser, es la escogencia que afecta, diseñándolo, el acontecer, el futuro: su historia. En esa decisión se demora el *principio* y la condición de posibilidad de sus más representativas instituciones.

El Inicio

Pensar inicial, a diferencia del pensar razonante general que habla de género y especie alude a este inicio esenciante de lo griego que habita en Occidente y América, a la posibilidad de llegar a concebirlo²².

Lo clásico, lo griego en América, no es un simple comienzo, porque no ha caducado su vigencia esenciante. Así pues, no es un añadido foráneo al modo autóctono que, tal vez, por no encajar del todo, deba hacerse relucir de vez en cuando, a efectos de su verificación por albaceas, por eruditos. Más que democracia, estado y universidad, jurisprudencia e idioma, que, de alguna manera, ya somos, el regir de lo inicial, evoca el destino de América, la posibilidad de ser en propiedad eso que ahora somos de cualquier manera, ignorando su regencia. Lo inicial fundamenta la pretensión de ser que se evidencia en las instituciones como aspiración de tener y de poder, en modalidades artísticas, políticas, en el desarrollismo masificante y nivelador que caracteriza a sus proyectos de estado o de gobierno, tales como educación, economías de mercado, profesionalización y tantas otras.

Heidegger nos descubre la paradoja de la herencia que somos, y su desvío, en el ocultamiento propiciante y propiciado de un modo del pensar: “Eso que llamamos técnica moderna no es sólo una herramienta es un modo ya decidido de interpretación del mundo”²³. Y arraiga en la mirada que, sin resguardo del ser, entifica, es decir percibe nada más que entes y sólo lo tal aprecia por verdadero. La mirada técnica arraiga en esos mismos inicios, es aquella que mira hacia lo ente, mira la disponibilidad, es la que sabe de obsolescencia y del perecer, por eso los evade y se cuida de ellos. También por eso se entrega a ellos calculándose el futuro, prefigurándose la inmortalidad. Esa mirada dirige la aspiración de ser en Occidente y América. El pensar actual dejó de pensar el ser, como en los inicios, en vez de asombrarse, pasó a nombrarlo y calcularlo:

...Ean mh elphtai, anelpiston ouk eceurhsei, anecereunhton eon kaii aporon²⁴

“Quien no espera lo inesperado, no llegará a encontrarlo, por no ser ni accesible, ni escrutable”, dice Heráclito en otra de sus sentencias. (fr. 18)²⁵. Estamos, por decirlo así, tomados en nuestro ser por el ente, sólo atendemos a aquello de lo que podemos dar cuenta, lo que podemos demostrar, manejar, de alguna manera con la razón. En lo griego descansa la otra posibilidad de Occidente, la del arraigo en el ser. La tradición filosófica que nace con las sentencias iniciales recogió y transmitió las frases, las palabras, pero en una interpretación cada vez más desarraigada, en tanto que no sólo en tiempo y distancia histórica se alejaba del inicio, del pensar el ser, sino en tanto el ser dejó de concernirle. Por eso, cuando pensamos lo que es, sólo atinamos a representárnoslo como presente. Desde ese pensar, el pasado y el futuro carecen de presencia, no tienen realidad, ingenuamente suponemos que podríamos manejarlos o inventarlos. Pero eso no parece posible, puesto que ya somos y somos en el modo de lo griego: nada queda “por venir”, se trata de un despliegue de aquello que desde lo antiguo nos adviene.

La oscuridad que impera en la comprensión de lo que somos como historia acontecida desde un *inicio*, y no como simple historia sucedida desde un comienzo cronológico, nos mantiene separados de nuestra propia posibilidad histórica de ser. Hablar de un alejamiento del ser, no es metáfora, no es una forma de hablar. Es verdadera lejanía y separación respecto de la posibilidad más propia, la de ser según lo que ya rige, a expensas de nuestra incua voluntad. De tal manera, el llamado a reflexionar los inicios viene a resultar una paradoja que alude a los estudios humanísticos genéricos, que no vislumbran lo que somos como conexión esencial con lo antiguo, sino que piensan según el modo habitual, que sólo habla de lo antiguo griego como de algo que alguna vez fue, algo incipiente, superado por el progreso, incluso el de la gramática y las modernas técnicas de traducción erudita, algo interesante, de lo que nadie se asombra. Al contrario, hacerse el entendido y propiciar investigaciones nos emparenta con el linaje.

Si la búsqueda permanece de la misma manera, tal vez no tengamos opción por los medios habituales, ya que no se trata de enderezar caminos; y, como nos hace suponer Heráclito, tal vez no estamos dispuestos aún para lo inencontrable.

...lo que propiamente aleja al hombre moderno del inicio de su historia acontecida no es ni única ni primeramente el 'lenguaje', que ciertamente es otro, sino el modo transformado de la interpretación del mundo. ...Eso que llamamos técnica moderna... no sólo determina los medios de transporte... la industria del ocio, sino toda actitud del hombre en sus posibilidades²⁶.

Lo clásico en América no puede inventariarse ni siquiera como algo muy importante o interesante, sólo desde el punto de vista cultural, científico y ni siquiera desde el vago punto de vista de lo humano. En una definición así, general, promedial, lo antiguo enmudece. Lo adviniente, no es pasado, lo que pasó, según relata la datación de un comienzo formal y hasta fortuito. Teniendo esto en mente, ¿Podemos seguir definiéndonos como americanos según el pensar lógico, que sólo puede dar razón de lo que es y de lo que somos, en cuanto algo lógicamente pensable: lo causado, es decir, los regímenes políticos, sistemas económicos, regiones y territorios, lengua y civilización, o nos pondremos a la escucha de ese vislumbre que tenemos sobre el ser que somos, sentido en una comprensión no tematizada, no expresa, por inefable, de lo que la cultura occidental llama helenismo? Con toda seguridad, por todo lo dicho, no deberíamos suponer ni asegurar que helenismo, sea aquel ente, dispuesto como público por la lingüística filológica o la crítica de arte y la literatura, interpretado por la filosofía y secuenciado por la historia, sino una cierta posibilidad retenida en el oscuro hablar de sus sentencias iniciales.

Lo imperecedero del inicio no consiste ni en que sus consecuencias perduren el mayor tiempo posible, ...sino en la rareza y unicidad del retorno transformado de lo en él originario²⁷.

Volvamos al epígrafe de Anaximandro: ...lo que ...da a todo lo presente mismo (a partir de sí) acuerdo y también evaluación (reconocimiento)... Si estas frases oscuras no incitan a oír con oído atento la apelación de las antiguas sentencias, en vistas de alcanzar el vínculo con lo anunciado en el inicio, tal vez ya haya dejado de haber 'razón' para oficiar una historia de lo antiguo en América. El ser de América tiene de lo clásico mucho más que una referencia al pueblo fundador. Al fundar se implanta un linaje y el linaje europeo de América tiene no sólo rasgos de importancia memorable, efemérides conmemorativas y sonoridades toponímicas u onomásticas. Tiene continuidad, presencia, es de una manera tal y tan contundente que América, por lo pronto, se siente legítimamente convocada a dar cuenta de su propio legado clásico. ¿Cómo responde al llamado? Veamos cómo nos lo vislumbra Heidegger:

Las épocas que sólo ven en la historia acontecida [Geschichte]lo pasado ...como ...precedente insuficiente de lo obtenido en el presente del caso, no están todavía maduras ni jamás lo estarán para la esencia de la historia acontecida; esas épocas continúan sumidas en la historia...

Nota

¹ Ley sobre Uniformidad de Pesos y Medidas del 11 de octubre de 1821 en Blanco, José F. y Aspúrua, Ramón (Compiladores.) Documentos para la historia de la vida pública del Libertador p.p 156-158.

² Véase Martín Heidegger *Ser y Tiempo*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1998. Trad. Jorge Eduardo Rivera. (Original alemán 1927, 1ª edic. español 1951, traducción de José Gaos). En adelante SyT. Sobre tradición e interpretación, referimos a lo tratado por Heidegger en los §§ 6 y 31.

³ CF, 35.

⁴ SyT, 34.

⁵ Ibid.

⁶ Comprender el ser "[Verstehen], en sentido heideggeriano, no es entender del ser con la razón o la intuición, sino ser en modo inmediato. La reflexión – filosofía o ciencia, según el ámbito – solo se da a posteriori y sobre aquella comprensión como fundamento. Este fundamento, en lo que tiene de supuestos y prejuicios, está constituido por la *tradición* en la que se nace o crece. Ir a SyT §§ 2,4 y 6.

⁷ "...el Dasein está sujeto, en su escuchar, a la coexistencia y a sí mismo, y en esta sujeción del escuchar –Hörigkeit– se hace solidario de los otros –ist zugehörig–". (Ibid.) Ver SyT, § 41.

⁸ El verbo *gehören*, de donde viene *Gehör*, la escucha, tiene significación de corresponder, pertenecer.

- ⁹ *Eco* viene del griego a) **kuw**, **akusomai**, y significa escuchar, que también da la palabra *acústica*.
- ¹⁰ *Conceptos Fundamentales* (CF).
- ¹¹ Ver CF, §1, sección b): La apelación de los conceptos fundamentales, y sección c, b): La apelación a la esencia del hombre históricamente acontecido.
- ¹² Los fragmentos de los llamados filósofos presocráticos.
- ¹³ CF, p. 49.
- ¹⁴ CF. pp 34-35, destacado en el original. *Pristino*, en alemán *ursprünglich*, lo claro, lo inicial.
- ¹⁵ CF. P. 34.
- ¹⁶ CF. P. 119.
- ¹⁷ Ver epígrafe.
- ¹⁸ Tradición que Heidegger (CF) toma por referencia para elaborar su propia interpretación. Véase la interpretación de Kirk G. S. y J. E. Raven. *Los filósofos presocráticos*. Gredos, Madrid, 1979, fr 155-6. Cfr. *El clásico Diels Kranz* 1970, 155-6, (DK 12 A 9).
- ¹⁹ Presencia-Ausencia: del latín *praes-entia-abs-entia*, y *entia*, a su vez del griego 'ente', **toon**, participio neutro del verbo ser, "lo que es".
- ²⁰ Kirk y Ravan, op. cit.
- ²¹ Destacado original.
- ²² *Id.* "Repetición", 4, p. 47-48.
- ²³ C.F., p. 45.
- ²⁴ Kirk y Raven. *Op Cit.*
- ²⁵ *Ibid.*
- ²⁶ C.F. Op. cit. p. 45.
- ²⁷ C.F. Op. cit. p. 46.
- ²⁸ C.F. p. 142.

Bibliografía

1. Heidegger, M. (1989). *Conceptos fundamentales*, Madrid, Alianza Editorial.
 2. (1998). *Ser y tiempo*, Chile, Editorial Universitaria.
 3. Kirk, G. y Raven, J. (1979). *Los filósofos presocráticos*, Madrid, Gredos.
- 28 C.